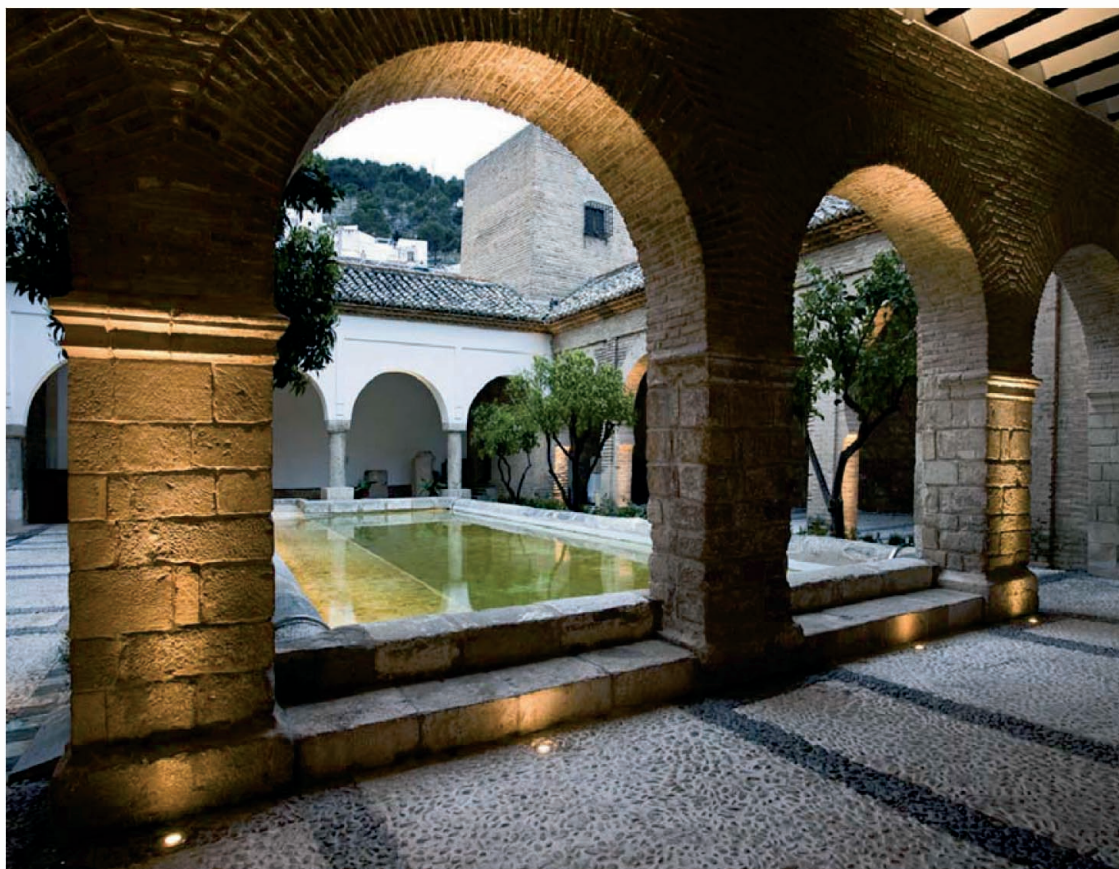




Lugar de encuentro

Texto: Alicia Hortelano Nuño



Sentado en la plaza, trato de pasar desapercibido. Respiro despacio para acallar mi corazón, temo que sus latidos me delaten. Mis ojos siguen buscando entre los hombres que pasan, la cara conocida de quien me ayudará en esta ciudad. Aquí me dijo que nos encontraríamos, en la Plaza de la Magdalena, y sigo esperándolo. Transcurren las horas y la luz se va perdiendo despacio, sin que nadie se dé cuenta. He perdido el miedo a la gente porque nadie se fija en mí, es como si formara parte del mobiliario urbano.

Pero me siento solo, nunca he sentido esta soledad tan profunda que me hiere el alma.

Un hombre se para ante mí, lo miro asustado, pero al verle el rostro sonrío, me levanto y me abrazo a él. Es mi amigo, el único asidero que me queda en la vida. Nos sentamos los dos de nuevo en el banco. Le cuento cómo sigue su familia, las novedades del poblado.

— ¿Y el viaje? - me pregunta.

Le relato la salida en patata cobijados por la noche.

Íbamos más de cincuenta personas entre niños, mujeres y hombres. Todo fue bien durante unas horas. Después, se levantó el viento y con él, el llanto de los niños, los gritos de las mujeres, el rezo de los creyentes, la locura de los que no querían perder la vida. Las olas atrapan todos los sonidos que salían con desesperación de las gargantas. La barcaza volcó y el mar se fue llevando, como un trofeo, los cuerpos de los muertos, los restos del naufragio. Se hizo el silencio, un silencio que llenó toda la noche.

Sólo quedamos con vida

tres personas. Llegamos nadando a la orilla de una playa y a partir de ahí sólo recuerdo andar, escondirme, andar de nuevo y esta plaza, dónde por fin he podido descansar. Mi amigo echa su brazo sobre mi hombro y me tranquiliza, me habla de las bondades de esta ciudad. Nos quedamos en silencio, sólo la luna nos acompaña.

Sin pronunciar palabra, nos levantamos, rodeamos la Iglesia y nos detenemos ante una puerta de hierro que deja ver, a través de sus barrotes, una alberca rodeada de árboles que invita al descanso. Esta reja me re-

cuerda, otras barreras que levantan los hombres. A este lado comodidades, vidas repletas. Al otro, los pobres, los negros, los sin papeles, los que mueren en el mar o de hambre. Y a nadie le importa.

Nos detenemos ante este lugar de oración, sin importarnos qué nombre le han puesto a Dios. Con lágrimas, recordamos en voz alta a los que desaparecieron en el mar, y elevamos una oración por ellos. La oscuridad nos protege mientras nos perdemos entre la gente. Un hilo de esperanza comienza a nacer en mi roto corazón.